

Belinda Bauer

**SNAP**

Traducido del inglés por Laura Vidal

Título original: *Snap*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Belinda Bauer, 2019  
© de la traducción: Laura Vidal Sanz, 2019  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-653-9  
Depósito legal: M. 30.543-2019  
Printed in Spain

A mi maravillosa agente, Jane Gregory.  
¡Felices treinta!



En el mundo hay dos clases de personas.  
Las que creen que nunca les puede pasar a ellas.  
Y las que saben que les pasará.



20 de agosto de 1998

---

Hacía tanto calor en el coche que los asientos olían como si se estuvieran derritiendo. Jack iba en pantalones cortos y cada vez que movía las piernas sonaban a celo.

Las ventanillas estaban bajadas, pero no corría aire; solo chirriaban pequeños insectos con un ruido como de papel seco. En el cielo había una nube deshilachada y un avión invisible dibujaba una línea blancuzca en el luminoso cielo azul.

A Jack le corría el sudor por la nuca y entornó la puerta.

—¡No! —dijo Joy—. ¡Ha dicho mamá que no salgamos!

—No voy a salir —dijo Jack—. Solo quiero refrescarme un poco.

Era una tarde tranquila y no había demasiado tráfico, pero cada vez que pasaba un coche, el Toyota temblaba un poco.

Cuando pasó un camión, tembló mucho.

—¡Cierra la puerta! —dijo Joy.

Jack cerró la puerta un chasquido. Joy era una teatrera. Tenía nueve años y cada dos por tres rompía a llorar, a cantar o a reír. Casi siempre se salía con la suya.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —gimoteó.

Jack miró su reloj. Se lo habían regalado en su último cumpleaños, cuando cumplió once.

Había pedido una PlayStation.

—Veinte minutos —dijo.

Era mentira. Hacía casi una hora desde que el coche tosió, renqueó y se detuvo con una sacudida en el arcén de la autopista M5 en dirección sur. Por tanto, hacía más de media hora desde que su madre los había dejado allí para ir a buscar un teléfono de emergencias.

«Quedaos en el coche. No tardo nada.»

Pero sí tardaba... y Jack sintió esa punzada de irritación que siempre experimentaba cuando su madre no era su padre. Papá habría sabido qué le pasaba al coche. No se habría puesto a girar la llave de contacto hasta dejarlo sin batería. Habría llevado encima un teléfono móvil y no habría tenido que marcharse autopista arriba en busca de un teléfono de ayuda en carretera cavernícola.

Merry gimoteó y se revolvió contra las correas de su silla de coche. Le molestaba el sol en la cara.

Joy se inclinó y volvió a ponerle el chupete.

—Mierda, qué calor hace —dijo Jack.

—Has dicho «mierda» —dijo Joy—. Me voy a chivar.

Pero no lo dijo con su convicción habitual. Hacía demasiado calor para tener convicciones.

Un calor abrasador.

Jugaron un rato a veoveo. «C» de «cielo», «a» de «autopista» y «p» de «prado», hasta que agotaron las limitadas existencias de cosas reales y empezaron con tonterías del tipo «tfc» de «tu feo careto».

—¡Cállate! —dijo Joy.

Jack iba a decir «¡Cállate tú!», pero luego decidió no hacerlo porque era el mayor y tenía que cuidar de sus hermanas. Eso había dicho su madre...

«Jack está a cargo.»

... así que pensó en «p» de «polvo», miró la carretera e intentó calcular cómo de lejos podía estar el teléfono, cuánto



habría tardado su madre en llegar hasta él con su paso lento de embarazada y cuánto habría tardado en llamar. No conocía la respuesta a ninguna de estas preguntas, pero intuía que su madre llevaba fuera demasiado rato.

Había parado el coche a la sombra de una pequeña hilera de pinos, pero las sombras habían menguado hasta desaparecer.

Pestañeó en la despiadada luz del sol.

Si cerraba los ojos, cuando los abriera vería a su madre doblar la curva. Imaginó. Deseó que ocurriera.

Bastaría con cerrar los ojos un instante.

Y después abrirlos.

Despacio.

Estaría allí...

Estaría allí...

No estaba.

—¿Dónde está? —dijo Joy y dio una patada al respaldo del asiento—. ¡Dijo diez minutos y han pasado diez horas!

En el asiento delantero, Merry se echó a llorar.

—¡Mira lo que has hecho! —Jack se inclinó sobre el asiento delantero para atender a Merry y le puso el biberón, pero la niña dio solo un sorbo de agua y se sacó la tetina de la boca para seguir gimoteando.

—Te odia —dijo Joy con satisfacción, de manera que Jack volvió a su asiento y dejó que lo intentara ella, pero resultó que Merry odiaba a todo el mundo y no hacía más que llorar.

Y llorar.

Merry tenía dos años, pero era muy llorona. A Jack no le caía demasiado simpática.

—Igual hay que cambiarle el pañal —dijo Joy cautelosa—. Hay uno en la bolsa.

—Enseguida se calla —dijo Jack; no tenía intención de cambiar un pañal.

Tampoco Joy, quien no volvió a mencionar el asunto. Se limitó a morderse el labio y mirar la curva de la carretera con el ceño fruncido.

—¿Dónde está? —repitió, pero esta vez con una vocecilla tan asustada que Jack decidió que tenía que hacer algo o, de lo contrario, también él se asustaría.

Se asustaría un montón.

—Vamos a buscarla —dijo de pronto.

—¿Cómo?

—Pues andando —dijo Jack—. Es aquí cerca. Eso dijo mamá.

—Si es cerca, ¿por qué no ha vuelto?

Jack hizo caso omiso de la pregunta y abrió la puerta.

—¿No se enfadará si no nos quedamos aquí como nos dijo?

—No, se alegrará de que hayamos ido a buscarla.

Joy abrió mucho los ojos.

—¿Se ha perdido?

—¡No!

Ahora le temblaba el labio inferior.

—¿Nos hemos perdido nosotros?

—¡No! ¡No se ha perdido nadie! Lo que pasa es que tengo calor, me aburro y quiero andar un poco. Puedes venir conmigo o quedarte aquí.

—No me quiero quedar aquí —se apresuró a decir Joy.

—Pues entonces, ven —dijo Jack.

—¿Y qué hacemos con Merry?

—Puede andar.

—Pero no va a querer.

—Pues la llevamos en brazos.

—Pesa demasiado.

—Yo la llevo.

—¿Y los coches? —dijo Joy mirando los fogonazos brillantes que desfilaban a gran velocidad; no eran muchos, pero

iban muy deprisa—. Es demasiado peligroso —añadió en voz baja.

Era lo que les había dicho su madre cuando quisieron acompañarla a buscar el teléfono.

«Es demasiado peligroso.»

—Venga —dijo Jack—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Joy llevaba la bolsa de pañales y Jack, a Merry.

Quien, como era de esperar, se negaba a caminar.

El aire asfixiante se agitaba cada vez que pasaba un coche y a continuación se posaba de nuevo en el polvo.

Caminaban muy pegados al quitamiedos. La barandilla de acero ondulado era mucho más grande de lo que parecía desde un coche en marcha. Le llegaba a Jack desde el codo hasta casi el dobladillo de los pantalones de fútbol azules. La tierra al otro lado de la barrera estaba cubierta de hierba alta y quebradiza. Bajaba en empinada pendiente hasta una zona de matorrales y árboles pequeños y, una vez allí, se nivelaba. Más allá había setos y, después, prados. Hierba. Algunas ovejas. La mayoría de los prados estaban vacíos y los graneros más cercanos quedaban muy lejos; parecían casitas de juguete con tejados de chapa.

El arcén era ancho, pero no estaba vacío. Esa era la impresión que daba desde el coche, de manera que a Jack le sorprendió comprobar que en realidad estaba lleno de cosas. Latas de Coca-Cola, guantes de protección, trozos de tuberías de plástico y peluches... un surtido aleatorio de objetos, todos aplastados y cubiertos del mismo polvo fino y gris.

—¿Y si para un coche? —dijo Joy—. ¿Nos subimos?

—Pues claro que no —bufó Jack; todo el mundo sabía que subirse al coche de un desconocido era una buena manera de acabar asesinado.

Joy también lo sabía y que su hermano no estuviera dispuesto a correr ese riesgo pareció tranquilizarla.

Jack se volvió para mirar el coche. Relucía en la luz cegadora, pero ya parecía estar muy muy lejos, como un barco que se hunde en un océano profundo y que, una vez desaparecido, no se puede recuperar.

O quizá eran ellos los que se hundían...

Merry pesaba mucho, sobre todo porque no dejaba de revolverse y gimotear. Tenía la cara roja y arrugada y se retorció en los brazos de Jack igual que un gusano de plomo.

—Le está dando el sol en la cara —dijo Jack—. ¿Hay algún gorro en la bolsa?

—No, solo un babero. —Joy se lo dio entornando los ojos en la blanca luz del sol. El babero era amarillo con un patito azul. Jack se lo puso a Merry en la cabeza y esta se calmó un poco.

Siguieron caminando.

—Me duelen los pies.

Joy llevaba unas ridículas chanclas rosa con una flor de plástico entre los dos primeros dedos.

—Ya queda poco —dijo Jack, aunque no tenía ni idea de cuánto quedaba para ningún sitio. Era algo que solía decir su padre. Volvió la cabeza; el coche había desaparecido detrás de la curva.

Estaban completamente solos.

Jack deseó que su padre estuviera allí. Habría llevado en brazos a Merry, a Joy y la bolsa.

Sin esfuerzo.

Le dolían los brazos, así que dejó a Merry en el suelo e intentó que caminara, pero esta se negó, aunque ya sabía hacerlo sola. Se resistió y se puso rígida, de manera que Jack no podía tirar de ella.

Tuvo ganas de abofetearla.

En lugar de ello, resopló, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, volvió a cogerla en brazos y siguió andando.

Un camión hizo sonar el claxon cuando pasó rugiendo y el babero salió volando de la cabeza de Merry al otro lado del quitamiedos.

—¡Uy!

Joy se inclinó sobre la barrera de puntillas para cogerlo, pero pasó otro coche y el babero despegó de la hierba tiesa y amarillenta y flotó pendiente abajo.

—¡Déjalo! —dijo Jack.

—¡Pero es el del patito!

Jack siguió caminando y, un momento después, Joy lo alcanzó. Seguía buscando con la mirada el punto brillante en que se había convertido el babero.

—Me encantaría comerme un helado ahora mismo —dijo.

Jack no le hizo caso, pero también deseó poder comerse un helado. Con un polo se conformaría. Tenía la boca tan seca... Se preguntó si sería posible morir de sed en plena frondosa campiña de Devonshire.

Le pareció posible.

Odiaba a su madre. La odiaba. ¿Por qué no podían haber ido con ella? ¿Por qué dijo que volvería enseguida cuando no había vuelto enseguida?

Cuando la encontraran, no le hablaría. ¡Así aprendería! Bajaría por el terraplén, encontraría una verja en un seto, entraría en una granja y conseguiría algo de beber y un teléfono.

Llamaría a papá.

Que se hiciera cargo él.

Y en cuanto a su madre, que se preocupara cuando volviera al coche y viera que se habían marchado...

Pero no hizo ninguna de esas cosas.

Llegaron a un manzano escuálido y se detuvieron un rato bajo su sombra enrejada. Jack dejó a Merry en el suelo con un gemido. De inmediato, la niña se sentó con el pañal a modo de amortiguador entre las frutas pequeñas y rojas desperdigadas por el arcén.

—No la dejes en el suelo —dijo Joy—. ¡Está asqueroso!

—Me da igual. Pesa una tonelada.

—Lo mismo que esta bolsa. —Joy la soltó y cogió una manzana del árbol. Era roja, pero cuando la mordisqueó estaba dura y amarga y la escupió en el asfalto. Bebió agua del biberón de Merry y se lo ofreció a Jack. Se turnaron hasta terminársela.

—Deberíamos haber guardado un poco para Merry —dijo Joy.

—Demasiado tarde —dijo Jack.

Pasaban coches. Ninguno se paró.

—Vamos —dijo Jack.

—No quiero —dijo Joy—. Hace demasiado calor.

—Hay que seguir. No vamos a encontrar a mamá si nos quedamos aquí.

Joy escudriñó la carretera delante de ellos. Era larga y recta y en el arcén no había rastro ni de su madre ni de nadie. Solo un lago tembloroso, como un espejismo en un desierto.

—Quiero volver.

Jack se sacó la llave del bolsillo.

—Vale —dijo—. Toma la llave.

Joy no la cogió. Se giró hacia la curva que ahora ocultaba al coche, suspiró y dijo:

—¡Cómo pesa esta bolsa!

—Déjala. Coge solo un pañal para que mamá pueda cambiarla.

Eso hicieron. Joy sacó un pañal y Jack encajó con cuidado la bolsa en la estrecha abertura que había donde el

manzano casi tocaba el quitamiedos, para que no la viera nadie, pero pudieran encontrarla cuando todos volvieran al coche.

Luego cogió a Merry en brazos y echaron a andar.

Un coche azul aminoró la marcha en el carril rápido en sentido contrario y el conductor los miró. Jack apartó la vista mientras el corazón le palpitaba con un temor infundado hasta que el ruido del motor se fue apagando.

Merry se revolvió contra su cadera y empezó a berrear:

—¡Mamá! ¡Mamá! —Extendió los brazos regordetes y los dedos hacia el coche, que ya se había alejado demasiado para dar la vuelta.

—Mamá no está aquí —dijo Jack—. Está por este camino. Enseguida la encontramos.

El llanto de Merry cedió poco a poco hasta que, por fin, le pasó a Jack los brazos alrededor del cuello, apoyó la mejilla en su hombro y empezó a emitir un zumbido grave y ronco que se fue acompañando con las pisadas de su hermano.

Joy se paró y dijo:

—¿Qué es eso?

Un poco más adelante, tres cuervos picoteaban y daban saltitos encima de un bulto ensangrentado.

—Ni idea.

—¿Es algo muerto?

—No lo sé.

Pero sí era algo muerto. A medida que se acercaban, oyeron las moscas.

Era un zorro muerto, aplastado, pero el polvo no lo había cubierto aún. Las tripas rosa brillante sobresalían de un desgarrón en el pelo anaranjado. Los cuervos se peleaban por comerse los ojos.

Jack no pudo mirar. Se tragó el asco que le subía por la garganta mientras Joy agitaba los brazos para espantar a los

cuervos. Estos se alejaron batiendo las alas, pero solo unos metros, y a continuación regresaron a saltitos.

—¡Fus! —gritó Joy—. ¡Fuuuuuus!

Pero los cuervos rieron y saltaron alrededor de ella como una pandilla cruel.

Joy corrió hacia ellos.

—¡JOY!

Jack le sujetó el brazo y un coche cortó el aire en dos haciendo sonar furioso el claxon cuando viró para esquivarla.

Joy miró a Jack. Tenía los ojos como platos, la cara pálida y sus labios dibujaban una «o» asustada.

Entonces los dos se echaron a reír. Un graznido agudo, como el de los cuervos. No era una risa de diversión, pero aun así siguieron, como si jugaran a quién ríe más rato, hasta mucho después de que se les pasara la alegría y empezara a dolerles la cara.

Entonces Jack señaló algo detrás de Joy.

—¡Ahí está el teléfono!

A unos cien metros había un pequeño poste naranja.

Se alejaron del zorro muerto con urgencia renovada. Jack caminaba tan deprisa que casi corría. Joy se agarró a la espalda de su camiseta como si le diera miedo separarse de aquel trencito y quedarse atrás. A Jack le dolían los brazos y el sudor le quemaba los ojos. Los pies de Merry le golpeaban los muslos y los tirones que le daba Joy lo desequilibraban, pero no aminoró la marcha. No hasta que no estuvieron a unos treinta o cuarenta metros del teléfono. Entonces empezó a buscar a su madre con la mirada al otro lado del quitamiedos y en la pendiente de hierba. E incluso más lejos. También entre los árboles, los setos y los prados que había más allá. Buscó desesperado alguna pista.

Quizá se había caído o los estaba esperando al otro lado del quitamiedos. Quizá los estaba viendo acercarse y les hacía se-



ñas con la mano, confiando en que la vieran. Cuando la viera, le devolvería el saludo. Le hablaría. ¡Pues claro que sí! ¡Olvidaría todo lo malo! El alivio anticipado lo llenó de ilusión.

—¿Dónde está? —dijo Joy.

Jack no contestó.

—¿Jack?

—Shhh.

Apretó el paso con el ceño fruncido. Cuando estaba a diez metros del teléfono, se detuvo.

El auricular naranja colgaba del aparato, con el cable retorcido, rozando la hierba amarilla e inmóvil.

Jack tuvo un presentimiento aterrador.

Aquello no era bueno.

Nada bueno.

Joy se movió. Soltó la camiseta de Jack y lo adelantó.

—Está roto —dijo e hizo ademán de coger el teléfono.

—¡No lo toques! —gritó Jack y Joy rompió a llorar.

Caminaron medio kilómetro más en el aire asfixiante.

No se detuvo ningún coche.

Nadie quiso saber nada.

Gente en coches —¡familias!— con aire acondicionado, teléfonos móviles y Coca-Colas pasaron por su lado mientras Joy lloraba en silencio y Jack llevaba a Merry en brazos.

Jack siguió andando, aunque no sentía las piernas.

Ni el corazón.

Hasta que no estuvieron casi en el desvío, un coche no frenó y se detuvo en la grava delante de ellos.

Se pararon, temblando, llorosos y exhaustos por el calor y el miedo.

Hubo un árido instante de espera, eterno y caluroso.

Luego se abrió la puerta y salió un agente de policía.

## 2001

---

Catherine While se despertó con un sobresalto y la sensación (la certidumbre) de que había alguien en la casa.

—¿Adam?

Adam no estaba allí. Estaba en Chesterfield. Catherine lo sabía porque justo el día anterior le había enviado una postal de la estación de autobuses con un garabato irónico.

Y, sin embargo, repitió:

—¿Adam?

Nada. Solo aquella espeluznante sensación de que no estaba sola. La farola junto a la ventana parpadeó y se apagó, dejándola ciega por un instante.

Parecía... planeado.

—¿Adam? —susurró a la oscuridad.

—¡Prrrrp!

Catherine chilló cuando el gato aterrizó en sus piernas.

—¡Quita, Chips!

Se sentó con un gruñido y una serie de incómodos contoneos bajo el peso de su barriga habitada y echó al gato de la cama.

—No te asustes —le dijo con firmeza a su tripa—. No era más que el gato.

Adam había tenido un segundo gato, llamado Fish, al que atropelló un coche antes de que se conocieran. Cuando lo

supo, Catherine puso cara de solidaridad, obviamente, pero se sintió secretamente aliviada. Con un gato que vigilar para que no se sentara en la cabeza del bebé tenía más que suficiente. Chips era como un muñeco de trapo blanco y peludo, con preciosos ojos azules, pero a Catherine no le gustaban los gatos. Tampoco los perros, ya puestos. Nunca había tenido animales de compañía de ninguna clase, ni siquiera un pez de colores, pero en los dos años que llevaban juntos Adam y ella había aprendido lo suficiente para saber que, definitivamente, los gatos no le caían bien.

A Adam sí. No se despegaba de su gato y ni su gato ni su pelo se despegaban de él. Catherine estaba convencida de que los gatos tenían su razón de ser dentro del universo, pero también de que esta no era cagar dentro de una caja en un rincón de la cocina.

O subirse de un salto a su cama.

Debía de haber dejado la puerta entreabierta la noche anterior y Chips vio la oportunidad de reafirmar su derecho gatuno a dormir en la almohada de su amo y mear con libertad en el cajón de los calcetines.

Catherine chistó furiosa y Chips salió altivo de la habitación con una mirada por encima del hombro que decía: «Esta te la guardo».

—Tú mismo —dijo Catherine desafiante y se recostó en la almohada.

Al menos Chips le había quitado el susto.

Catherine entrelazó las manos sobre el vientre, perpleja y divertida por lo diferente que era de la imagen que había tenido siempre de su cuerpo. Los primeros meses no había habido grandes cambios. Un poco de tripita, de esa que desaparece después de unas semanas de hacer bicicleta. Luego el bulto creció lo bastante para celebrarlo tumbándose boca arriba y dejar que sobresaliera, como cuando se mete en casa

una maceta con una planta que estaba en el jardín. Ahora, que estaba de siete meses, levantarse de una silla era algo parecido a levantar un saco de fertilizante para meterlo en un carrito en B&Q.

Estaba ansiosa de que llegara el día en que le pusieran al bebé en su pecho, rojo, arrugado y berreando...

«¡Jamás dejaré que te hagan daño!»

Aquella promesa vehemente no era algo que Catherine hubiera formulado o decidido. Le venía al pensamiento de vez en cuando, directamente salida del corazón, del mismo modo que había imaginado que saldría el bebé de su útero, con un torrente de emociones que le producían al mismo tiempo ganas de llorar y de enfrentarse a todo.

Se secó los ojos con la base de la mano, suspiró y maldijo a Chips. Pronto necesitaría dormir todo lo que pudiera y perder aunque fuera un segundo la ponía de malhumor.

El doctor Samuels le había dicho que buscara la serenidad máxima para ella y para su hijo que iba a nacer.

«Serenidad máxima.»

El médico había usado esas palabras concretas y Catherine se había reído de ellas. Pero a medida que avanzaba su embarazo, entendía mejor el valor de la serenidad máxima y había empezado a meditar, a encender velas y a leer novelas malas en la bañera. Se daba masajes de pies, tomaba batidos de kale y asistía a clases semanales de preparación al parto, donde se tumbaba de espaldas igual que un escarabajo dado la vuelta y Adam la ayudaba a respirar, a empujar y a reír como una tonta en supuesta preparación para lo que estaba por venir.

Catherine decidió leer hasta quedarse otra vez dormida. Tenía una pila de libros pendientes de lo más tentadora, pero sus hormonas la empujaban de manera compulsiva a *El gran libro de nombres para niños*. Menuda tontería; tanto Adam

como ella preferían los nombres tradicionales y el libro incluía muchos de lo más ridículo. Además, habían decidido más o menos que si era niña, se llamaría Alice y si era niño, Frank, por la abuela de ella y el padre de él. Pero aunque sabía que jamás llamaría a su hijo Bunker o Crimpelene, Catherine sentía que era su deber considerar incluso la posibilidad más remota.

Se volvió para encender la lámpara de la mesilla, pero se detuvo a medio camino.

Oía un ruido.

No sabía muy bien qué era o de dónde venía, pero sonaba a alguien intentando no hacer ruido.

Alguien dentro de la casa.

Un miedo atávico le produjo un cosquilleo en la nuca.

Tenía treinta y un años y había vivido sola durante toda su vida adulta hasta que se mudó a casa de Adam casi dos años antes. Cuando vives sola y oyes un ruido por la noche, no te escondes bajo las mantas y esperas a que tu destino suba por las escaleras y se acerque por el pasillo. Cuando vives sola, te levantas de la cama, coges la linterna o el bate de béisbol o el bote de laca y bajas sigilosa al piso de abajo para enfrentarte a...

El lavavajillas.

Que era lo único que podía hacer un ruido lo bastante fuerte para despertarla.

Pero no había puesto el lavavajillas...

Catherine no estaba tan bien preparada como antes y además estaba mucho más embarazada. Pero no había allí nadie que pudiera ayudarla. Así que, con un gruñido ahogado, sacó las piernas de la cama y cogió impulso hasta ponerse de pie.

Salió sin hacer ruido al rellano y cogió un jarrón de la estantería. Era un mazacote sueco de cristal y nunca le había gustado. Tirárselo a un intruso mataría dos pájaros de un tiro.

Respiró hondo, dio la luz del pasillo y gritó:

—¡Quien esté ahí más le vale marcharse ahora mismo de esta casa! ¡He llamado a la policía y voy armada!

Empezó a bajar las escaleras con el jarrón a la altura del hombro, sintiéndose aterrada e idiota al mismo tiempo. Cuando llegó al piso de abajo, se detuvo y escuchó.

Nada.

¿Se había equivocado? No sería la primera vez. Estar sola en una casa magnificaba todos los sonidos. Los volvía más alarmantes. De haber estado segura, habría llamado a la policía y no lo había hecho, a pesar de que el teléfono estaba junto al lado de la cama en el que dormía Adam.

Sujetó mejor el jarrón con la mano derecha y comprobó despacio todas las habitaciones. Con cada umbral que cruzaba, se envalentonaba más. El recibidor, el comedor, la cocina.

Allí no había nadie.

Catherine dejó el jarrón sobre la mesa de la cocina cerca de la cámara y el teléfono y suspiró de alivio, feliz de haberse equivocado.

Entonces se fijó en su cámara de fotos y su teléfono. No recordaba haberlos dejado encima de la mesa. ¿Por qué iba a hacerlo? Y el portátil de Adam estaba junto a ellos, cuando siempre lo tenía en la mesa de su despacho.

«¡Hijo de puta!»

Catherine comprendió en un abrir y cerrar de ojos. ¡Los objetos estaban en la mesa cerca de la puerta trasera para que el ladrón pudiera cogerlos al salir!

Sin aliento por el pánico, comprobó la puerta. ¡No estaba cerrada con llave! La había cerrado, de eso estaba segura. El intruso debía de haber salido por ella cuando gritó, ¡sin detenerse siquiera a coger el botín!

Se apresuró a echar otra vez la llave y se pegó con desesperación al frío cristal, con las manos a ambos lados de la cara para ver en la oscuridad.

Contuvo el aliento cuando una sombra negra y líquida se separó de la casa y fluyó entre los arbustos y por encima de la valla igual que si fuera aceite.

—¡Te estoy viendo! —gritó—. ¡Te estoy viendo, cabrón!

Tenía el corazón desbocado, pero sus palabras le dieron valor.

Y enseguida todo hubo pasado.

El intruso había estado allí y se había marchado.

Ella estaba asustada y a salvo.

Todo había pasado y la mancha de vapor condensado que había dejado su grito en el cristal se encogió hasta desaparecer.

Catherine se separó de la puerta. Le temblaban las piernas. Se sentó y se llevó una mano trémula al vientre.

Su cabeza repasó lo ocurrido, saltando entre causa y consecuencia, entre lo que fue y lo que podía haber sido, hasta que por fin se apaciguó y empezó a funcionar a un ritmo más normal.

Estaba bien.

Estaban bien.

No había ocurrido ninguna desgracia. No se habían llevado nada.

Eso era lo más importante. Lo fundamental.

Pero había algo más. Tampoco se había dejado llevar por el pánico. No había chillado. No se había escondido debajo de la cama. No había tenido que venir un hombre a rescatarla. Había sido valiente y espabilada.

Catherine casi había olvidado lo que era ser independiente y cuando volvió al piso de arriba, la semilla del orgullo empezaba a brotarle en el pecho.

Entró en el dormitorio, cerró con firmeza la puerta y dejó escapar un fuerte suspiro de alivio. Entonces se volvió hacia la cama y el estómago se le encogió de tal manera que el bebé dio una patada.

La lámpara junto a la cama estaba encendida.

No la había encendido ella. Se había detenido a medio camino, ¿recuerdas?

Sabía que no la había encendido ella.

Y, en el pequeño charco de luz que proyectaba, había un cuchillo.

No era un cuchillo de cocina.

Era una navaja.

Catherine se movió sin caminar.

Miró la navaja.

Una hoja brillante, serrada en un extremo; en el otro, curva hasta terminar en una punta cruel. La empuñadura, con incrustaciones de nubes perladas que se reflejaban en un mar azul petróleo de...

Abulón.

La palabra emergió del profundo océano de su cerebro y supo que era la adecuada, aunque no estaba demasiado segura de cómo era un abulón. La pálida concha era tan serena, tan hermosa, que sin duda el filo no podía ser tan brutal como aparentaba. Como si no fuera suya, Catherine observó su mano acercarse y posar por un instante un dedo en la punta.

Dio un respingo cuando una descarga eléctrica le subió por el brazo y el cuello hasta la coronilla. Los ojos se le llenaron de lágrimas y una bola roja diminuta se le formó en la yema del dedo índice y se quedó allí, brillante como el rubí de un reloj suizo.

Se llevó el dedo a la boca con un escalofrío.

Entonces vio la tarjeta de cumpleaños.

Flores en un cubo. «Para mi hija, en su día.» Su madre no sabía elegir tarjetas de felicitación. Una semana después de su cumpleaños, Catherine la había guardado con todas las demás en un cajón del cuarto de invitados.

Y sin embargo ahora estaba allí, junto a su cama...



Se sentía desorientada, como si aquello fuera un sueño o una curvatura del espacio-tiempo.

Abrió la tarjeta.

La firma garrapateada de su madre estaba toscamente tachada y en el espacio en blanco había un nuevo mensaje escrito:

*Podría haberte matado.*